

tentado alzarse; pero han sido fácilmente sometidos por causa de su excesiva y bestial cobardía.

Hay todavía entre los salvajes, algunos que se comen unos á otros. Ví los huesos de un español tan limpios y mondos, como si hubieran hecho aquello hombres que no si hubieran hecho aquello hombres que no tuvieran otro oficio. Con frecuencia cautivan gentes, y nunca vuelven á parecer, sean hombres ó mujeres.

En el mar tienen islas donde abunda una sal colorada que llevan por toda la costa. Gastan mucha en salar cueros y pescados, y también consumen gran cantidad en las minas. Tienen mucho alumbre, tan bueno como puede haberle en todo Levante, de manera que no necesitan de este artículo. Dáse también allá la cañafistola y mucha zarzaparrilla que es excelente para diversas enfermedades.

En la Florida abundan los gerifaltes y otras varias especies de aves de cetrería, que los caballeros de México mandan traer todos los años. Los españoles tienen allá dos fuertes, cuyo principal objeto es impedir que hagan pie allí los franceses.



V

RELACIÓN ESCRITA POR MILES PHILIPS, INGLÉS, UNO DE LOS QUE EN 1568 DESEMBARCÓ SIR HAWKINGS EN LA COSTA AL NORTE DE PANUCO, EN LAS ISLAS OCCIDENTALES. CONTIENE MUCHAS COSAS PARTICULARES DE AQUELLA TIERRA Y DEL GOBIERNO ESPAÑOL; PERO ESPECIALMENTE DE SUS CRUELDADES CON LOS INGLESES Y EN PARTICULAR CON EL AUTOR, POR ESPACIO DE QUINCE Ó DIEZ Y SEIS AÑOS CONTINUOS, HASTA QUE POR MEDIOS EFICACES Y FÉLICES SE VIÓ LIBRE DE SUS MANOS, Y VOLVIÓ Á SU PATRIA. AÑO DE 1582.

CAPITULO I.

Donde se refiere cómo y cuándo salimos de Inglaterra, el número y nombre de los buques, sus capitanes y maestros, y nuestros tratos y hechos en la costa de Africa.

L lunes 2 de Octubre de 1567, como el tiempo estuviere bastante bueno, nuestro general Mr. Juan Hawkings después de prevenir á todos los capitanes y maestros que estuviesen listos para partir, y hallándose ya él á bordo del «Jesús»

del que era maestre Roberto Barrett, dió á la vela y salió de Plinnouth, y comenzando su proyectado viaje á las costas de Africa y América. Llevaba otros cinco buques, á saber: el "Minión" cuyo capitán era Mr. Juan Hampton, y maestre Juan Garret; el "William and John" capitán Tomás Bolton, y maestre Jacobo Raunce; el "Judit" de que era capitán Mr. Francisco Drake (que después fué hecho caballero), y el «Angel», cuyo maestre, así como el capitán y maestre del "Swallon" no recuerdo quienes eran. Seguimos así juntos nuestro viaje, hasta el 10 del mismo mes, en que nos sobrevino una furiosa tormenta, cerca del cabo Finisterre, la cual duró por espacio de cuatro días y separó de tal modo los buques, que mutuamente nos perdimos de vista. Nuestro general, viendo que el "Jesús" se hallaba en mal estado, pensó abandonar el viaje y volverse; mas como el día 11 se calmase un poco el mar, y el viento fuese favorable, mudó de propósito, y prosiguió la intentada travesía. Llegamos, pues, á la isla de la Gomera, una de las Canarias, donde, conforme á una orden anticipada, nos encontramos con todos nuestros buques dispersados antes por la tormenta. Hicimos aguada, y salimos el 4 de Noviembre. Continuamos nuestra derrota; á 8 del mismo mes dimos

fondo con doce brazas, en Cabo Verde, de la costa de Africa, y el general dispuso que desembarcasen unos ciento sesenta hombres de los nuestros, para ver de tomar algunos negros. Internándose seis millas, dieron con un gran número de negros que con sus flechas envenenadas hirieron á muchos de los nuestros, de modo que les fué preciso volverse á los buques. De los heridos murieron siete ú ocho de un modo muy extraño, con las bocas cerradas; y para mantenerlas abiertas nos veíamos obligados á meterles palos y otras cosas. Habiendo permanecido en la costa de Guinea hasta el 12 de Enero, ya para entonces habíamos reunido ciento cincuenta negros; y cuando todo estaba dispuesta para marcharnos, llególe al general un negro enviado por embajador de un rey de los negros que se encontraba oprimido por otros reyes vecinos suyos, y pedía socorro y ayuda contra sus enemigos. Accedió el general á su petición, y en persona saltó á tierra con unos doscientos hombres, á cuya fuerza se unieron las del rey que había pedido el auxilio. Con esto el general atacó é incendió un pueblo de los enemigos del dicho rey, en donde habría por lo menos ocho ó diez mil negros; y viendo que no podían resistir, trataron de salvarse con la fuga. En ella se tomaron

prisioneros unos ochocientos ó novecientos, que debían tocar á nuestro general por su parte de botín; mas el rey negro que nos pidió el auxilio, faltando á su palabra y promesas, se marchó secretamente en la noche con cuantos prisioneros tenía bajo su custodia. A pesar de eso, viendo el general que tenía cerca de quinientos negros, hubo por mejor marcharse con ellos sin más dilación, juntamente con las mercaderías habidas en la costa de Africa, encaminándose á las Indias Occidentales. Mandó, pues, que con toda diligencia se hiciese agua y leña, dándonos prisa á partir. Mas antes de que saliésemos, en una tempestad que sobrevino, perdimos uno de nuestros buques, es á saber, el William and John, de cuyo buque y su gente no volvimos á tener noticia durante nuestro viaje.

CAPITULO II.

Donde se refiere cómo y cuándo nos partimos de la costa de Africa, nuestra llegada á Indias Occidentales, nuestro comercio allí, y por último, la gran crueldad que los españoles usaron con nosotros por orden y disposiciones del virrey, faltando á la palabra dada y tratando de hacernos caer en la trampa.

Dispuesto ya todo para marchar, por orden de nuestro general dejamos la costa de

Africa el día 3 de Febrero de 1568, con tiempo algo grueso que hizo más penosa nuestra travesía. Habiendo navegado cincuenta y dos días, el 27 de Marzo de mil quinientos sesenta y ocho dimos vista á una isla llamada Dominica; cerca de la costa de América, en las Indias Occidentales, situada á 14 grados de latitud y 322 de longitud. De allí fué el general costeando de un lugar á otro, contratando siempre, según se podía, con españoles é indios, lo cual se lograba con dificultad, porque el rey había ordenado estrechamente á los gobernadores de aquellas partes, que impidiesen todo tráfico. Mas á pesar de todo, en los meses de Abril y Mayo, nuestro general hizo regulares negocios y halló buena acogida en diversos lugares, como en Margarita Curazao y otros, hasta que llegamos al cabo de la Vela y río del Hacha, de donde vienen todas las perlas. Allí no quiso el gobernador permitirnos en manera alguna, que tuviésemos trato y comercio, ni consintió que hiciésemos aguada; por lo cual nuestro general, apremiado por el hambre y la sed, se vió precisado, en principios de Junio, á echar en tierra doscientos hombres para tomar por fuerza lo que no podía obtener de grado. Y tomado el pueblo con pérdida de dos de los nuestros, se estableció un tráfico

secreto y amistoso, viniendo de noche los españoles á comprar nuestros negros, en número de doscientos ó más, así como algunas otras mercaderías.

Fuimos de allí á Cartajena, donde encontramos un gobernador tan recto, que no hubo modo de hacer negocio alguno, por lo cual y porque nuestras mercancías estaban casi agotadas, parecióle mejor al general partirse de allí, y también por evitar ciertas peligrosas tormentas, llamadas *huracanes*, que acostumbran comenzar hacia esta época del año. Así pues, el 24 de Julio de 1568, zarpamos y nos dirigimos al Norte. Dejamos la isla de Cuba á mano derecha, hacia el Este, y navegando para la Florida, se levantó el 12 de Agosto una furiosa tempestad que duró ocho días y llevó de aquí para allí nuestros buques, sacudiéndolos y maltratándolos muy peligrosamente, de manera que estábamos en continuo temor de anegarnos, á causa de las bajas de la Costa. Al fin nos vemos precisados á buscar abrigo en el puerto de San Juan de Ulúa ó Veracruz, situado en 19 grados de latitud y 279 de longitud, y es el que sirve á la ciudad de México. Al tratar de coger el dicho puerto, encontró al paso el general tres buques pequeños con pasajeros, á quienes tomó á bordo, y así fué como el 16 de Setiem-

bre de 1568 entramos en el citado puerto de San Juan de Ulúa. Como los españoles de allí creyeron que éramos la flota del rey, todos los empleados principales de la comarca vinieron á bordo de nuestra capitana, donde echando de ver la torpeza que habían cometido, tuvieron gran temor de ser presos y detenidos; mas el general los trató á todos muy cortesmente. Había en el dicho puerto doce buques que, según se dijo, tenían dentro una suma de doscientas mil libras en efectivo; y con estar todo aquello en poder del general y á su arbitrio, dejó á todos en libertad, así como á los pasajeros que antes había detenido, sin tomarles cosa alguna. Sólo retuvo dos caballeros de cuenta, llamado el uno D. Lorenzo de Alva y el otro D. Pedro de Rivera é inmediatamente envió mensaje al virrey de México, que residía á sesenta leguas de allí, participándole nuestro arribo por causa de temporal, y pidiéndole que por cuanto la reina nuestra señora era buena amiga y hermana del rey de España, nos proveyera de vituallas, considerando nuestra necesidad, y nos dejara reparar y componer tranquilamente nuestros buques. Item más, que como cada día se aguardaba la llegada de la flota de España, le rogaba encarecidamente que diese alguna providencia en

su favor, á fin de que no se turbase la paz por cualquier disputa entre su gente y la de la flota. Esta embajada se envió el 16 de Setiembre, es decir el mismo día de nuestro arribo.

A la mañana siguiente, día 17, descubrimos trece velas gruesas, y luego que nuestro general entendió que era la flota del rey de España, mandó avisar inmediatamente al general de ella cómo estábamos en el puerto, haciéndole además entender, que antes de que entrase á él era necesario que mediase algún concierto obligatorio para ambas partes, con objeto de mantener mejor la paz entre una y otra gente, conforme ya lo había pedido al virrey. Estaba entonces nuestro general muy perplejo, pensando que si impedía á la flota la entrada al puerto, cosa que con el favor de Dios podía hacer muy bien, la dicha flota se vería en gran peligro de naufragar y perderse con todas sus riquezas que montaban á un millón y ochocientas mil libras, y por otra parte, si la dejaba entrar, no tenía duda de que por todos los medios posibles tratarían de hacernos traición: además de que el fondo era tan pequeño, que si entraba la otra flota, era preciso que los buques anclasen unos contra otros. Vea también que si la flota se perdía, por estorbarle él la en-

trada como en tal caso forzosamente había de suceder, iba á ponerse él en gran peligro de incurrir en el desagrado de la reina nuestra soberana, en materia de tanta gravedad. Así es que eligió el menor mal, que era permitir que entrase bajo seguro, y mantenernos en guardia para defendernos de las traiciones que sabía muy bien habían de poner en práctica. Habiendo regresado el mensajero, certificó á nuestro general, de parte de D. Martín Enríquez, el nuevo virrey (que venía en la misma flota y tenía facultades bastantes para mandar en todas las cosas de mar y tierra de esta provincia de México ó Nueva España) que para mantener mejor la amistad entre el rey de España y nuestra soberana, todas nuestras peticiones serían tan favorablemente despachadas, como fielmente cumplidas; añadiendo que ya estaba informado del modo cortés y amigable con que nuestro general había tratado á los súbditos del rey de España en todos los lugares donde había estado, así como en el dicho puerto. En fin, y para no ser más largo, nuestras condiciones fueron redactadas y puestas por escrito, en los términos siguientes:

1^ª. Que podríamos tomar víveres, pagándolos, y se nos permitiría vender de

nuestras mercancías lo suficiente para proveer á nuestras necesidades.

2^ª. Que se nos dejaría reparar los buques, sin estorbárnoslo de modo alguno.

3^ª. Que la isla permanecería en nuestro poder todo el tiempo que estuviésemos allí. Y como para mayor seguridad nuestra, el general había puesto ya en la dicha isla cierta artillería, que eran once piezas de bronce, pedía que continuase en el mismo estado, y que no desembarcara en la isla español alguno con armas.

4^ª. y última. Que para mejor asegurar la paz y el cumplimiento de estas condiciones, cada parte entregaría á la otra doce caballeros de nota, en calidad de rehenes.

Aceptó el virrey por escrito las condiciones, firmándolas de su puño y sellándolas con su sello, y se entregaron diez personas en rehenes por cada parte. Concluido esto, se publicó todo á son de trompeta, mandando que nadie, de una ú otra parte, fuese osado á quebrantar esta paz, so pena de muerte. Así quedó terminado todo en tres días, y la flota entró al puerto, saludándose mutuamente los buques, según uso de mar. Al siguiente día, que era viernes, trabajamos unos y otros para poner los buques ingleses á un lado y los españoles al otro, habiendo pasado muchas cortesías y grandes

promesas de amistad entre los capitanes y gente inferior de ambas naciones. Mas, según después se vió, aquello era en lo que menos pensaban los españoles, porque el virrey y el gobernador habían reunido secretamente en tierra hasta mil hombres escogidos y bien armados para dar sobre nosotros por todos lados, el jueves siguiente 21 de Setiembre, á la hora de comer. Pero antes de proseguir la historia, no será fuera de propósito describir el estado que tenía entónces la isla y el que ahora tiene, porque los españoles, después que estuvo allí nuestro general, han construido en la misma isla un buen castillo y un baluarte bien fuerte, para mejor resguardo del punto. Cuando estuvimos nosotros, era este puerto una isleta de piedra que en lo más alto no tenía arriba de tres piés fuera del agua, y cuya extensión por cualquier parte no pasaba de un tiro de ballesta, cuando más. No hay en toda aquella costa otro lugar adonde puedan llegar buques: los vientos del Norte son allí furiosos, y á menos que los buques estén fuertemente sujetos y con sus amarres aseguradas en la isla, no hay remedio, sino que es infalible el naufragio y pérdida. Previendo prudentemente todo eso nuestro general, estipuló conservar la isla en su poder, pues de no ser así,

los españoles podrían á su antojo cortar nuestros cables, y con el primer norte que soplase estábamos despachados, porque los buques habrían ido á dar á la costa. Pero volvamos á nuestro asunto.

Acercándose el tiempo en que los españoles debían ejecutar su traición, comenaron á notarse algunas señales de ello, como pasar armas de unos buques á otros, colocar artillería asestándola contra los nuestros que estaban en tierra, y acudir mucha gente. Tales apariencias de quebrantar la fé dada por el virrey, hicieron que nuestro general le enviase á preguntar qué significaba aquello; y el virrey despachó en el acto una orden para que se quitase la artillería y demás cosas sospechosas, enviando por respuesta al general, «que él sería nuestro escudo y defensa contra toda villanía y traición.» Esto pasaba el jueves por la mañana. No satisfecho con ello el general, y viendo que en secreto habían metido mucha gente en una grande urca ó barco de los suyos, anclado al costado del «Minión," envió otra vez á Roberto Barret, mestre del "Jesús" y persona que hablaba muy bien el español, para que viera al virrey y le dijera que mandara sacar los hombres que habían metido en aquella urca. Conociendo entonces el virrey que su trai-

ción estaba ya descubierta, detuvo al maestro, mandó tocar las trompetas, y que su gente cargase por todos lados sobre los nuestros que estaban en la guardia de tierra y otras partes, lo que causó tal sorpresa y confusión en nuestra gente, que muchos cedieron y corrieron á buscar salvación en los buques. Los españoles que estaban emboscados en tierra fueron trasportados muy pronto en sus lanchas, y desembarcando en la isla, mataron sin misericordia á cuantos encontraron en ella. El "Minión" que poco antes se había preparado para afrontar el peligro, se desamarró y resistió el primer empuje de los trescientos hombres que estaban en la grande urca. Trataron entonces de abordar el "Jesús," donde hubo un cruel combate, y muchos muertos de nuestra parte; mas se defendieron bien los nuestros y los rechazaron. Soltóse también el "Jesús", y unido al "Minión," se enardeció la pelea por todos lados. Mas como gauaron la artillería que teníamos en tierra, nos molestaban muchísimo con ella. En la pelea fueron echados á pique dos buques españoles, y uno quemado, de modo que con los buques ya no podían hacernos daño; pero desde la orilla nos alligian cruelmente con nuestra propia artillería, hasta quedar muy mal parado el "Jesús." De repente pusieron fuego

los españoles á dos grandes navíos de los suyos, y los dejaron ir en derechura sobre nosotros, lo que causó un terror pánico en nuestra gente. Con todo el «Minión," que ya había alzado velas, proveyó á su seguridad sin consentimiento de su general, capitán ó maestre, tanto, que apenas hubo tiempo de tomar al general á bordo. La mayor parte de los que estaban en el "Jesús" largaron también el bote, y siguieron en él al "Minión," mas los que no pudieron caber en el bote, fueron muertos sin compasión por los españoles. De nuestros buques sólo escaparon el "Minión" y el "Judit," y todos los hombres que no estaban en ellos tuvieron que sufrir la cruel tiranía de los españoles. Porque es caso muy cierto que habiendo llevado á algunos de los nuestros á tierra, los colgaban por los brazos en palos altos, hasta que les brotaba la sangre por las yemas de los dedos: y de los que así maltrataron, aun están vivos un tal Coptow y otros, que por la misericordia de Dios volvieron hace tiempo a Inglaterra, llevando todavía (y las llevarán hasta el sepulcro) las marcas y señales de trato tan cruel y mas que bárbaro. (1.)

(1) Después de esta relación de Miles Philips, tenemos que publicar la de Job Hortop que vino en la misma expedición, y en seguida la del propio capitán Juan Hawkings. Entonces diremos algo de la traición atribuida á los españoles, así como de la vida y hechos de Hawkings.

CAPITULO III.

Donde se cuenta cómo, después que escapamos de los españoles, nos vimos á punto de perecer de hambre en el mar; y cómo nuestro general, para evitarlo, tuvo necesidad de echar á tierra la mitad de su gente, y los trabajos que luego pasamos entre los salvajes, hasta caer otra vez en manos de los españoles.

Después que el Virrey D. Martin Enriquez faltando á la fé y palabra empeñada, trató tan cruelmente en San Juan de Ulúa á nuestro general Mr. Hawkings, en cuyo lance perecieron ahogados ó á manos de los españoles los más de los nuestros, y todos los buques fueron quemados ó echados á pique, excepto el "Minión" y el "Judit" que era una pequeña barca de cincuenta toneladas, mandada por el ya nombrado Mr. Francisco Drake, la misma noche perdimos de vista la barca y viéndonos en gran peligro, trabajamos por alejar el "Minión" á dos tiros de ballesta de la flota española, donde anclamos por aquella noche. A la mañana siguiente levamos áncoras y ganamos una isla, á una milla de los españoles. Sobrevi-